

pañar a las reivindicaciones guerrilleras, mucho más costosos y de mayor proyección en el tiempo.

Es precisamente sobre el primer punto sobre el que la obra de Caycedo arroja muchas pistas para aquellos que se interesan, desde la academia o fuera de ella, en la personalidad de los miembros de los diferentes grupos armados. La escasa intervención del autor en la narración potencia el valor de la obra entre aquellos interesados en los individuos que forman las organizaciones armadas —en este caso el M-19— más que en la historia, desarrollo o evolución de los grupos armados. Al proporcionarnos los testimonios de primera mano de los implicados en el suceso del *Karina*, son los propios guerrilleros los que ayudan a desmontar la aureola, a estas alturas ya débil, que se ha ido formando en torno a los grupos armados latinoamericanos tradicionales basados en la lucha armada y en la lucha de clases. Miedos, angustias e improvisaciones se repiten detrás de los participantes en una historia de corta duración pero de altísimos costos económicos. Mínimas o nulas son las referencias a los planteamientos ideológicos que están detrás de los hombres que sudan, tiemblan y se equivocan reiteradamente y que han hecho de la lucha armada casi su última profesión, después de tres años de medicina, trabajador, deportista, guerrillero. El rescate de la cara humana

de los guerrilleros —algo que les acerca a cualquiera de nosotros— que efectúa Castro Caycedo nos obliga a reconsiderar la importancia que tiene la solución de la integración en la vida civil de aquellos que durante años no han conocido más dinámica que la de la participación en movimientos armados.

Un segundo valor añadido a la narración del *Karina* se encuentra también en esta mirada de la organización armada desde dentro. Contado por sus propios protagonistas, a través de sus páginas aparecen matices que serán apreciados por los que buscan conocer más sobre el funcionamiento económico de las organizaciones armadas. Lejos de los tópicos de la exclusividad en la obtención de fondos por la vía violenta, los sucesivos testimonios muestran una compleja red para la adquisición de recursos económicos en la que las posibilidades van desde el secuestro de material y personas hasta operaciones financieras especulativas que impiden la liquidez inmediata. Paralelamente, los reclamos a la amistad, al compadrazgo o a las simpatías personales entre miembros de la guerrilla y personas ajenas a ella, sirven para que las finanzas de la organización se nutran considerablemente, y arrojan algo de luz —lo cual es de agradecer— sobre una faceta minimizada en la mayoría de los estudios sobre los movimientos armados, los intermediarios entre la

sociedad y las organizaciones armadas.

Es en la descripción de esa esfera marginal –en la que los límites de la legalidad se traspasan sistemáticamente– y en las reacciones y comportamiento de sus integrantes, donde el trabajo de Caycedo alcanza su mayor dimensión y enfatiza sobre uno de los principales puntos medulares del desarrollo político de la gran mayoría de los países latinoamericanos, la debilidad del Estado desde su misma base. El relato de los sucesos del *Karina* proporciona un amplio abanico de las posibilidades de corrupción que deja un Estado débil, acosado desde múltiples frentes –guerrilla, contrabando, narcotráfico– y sin credibilidad social. Aunque no es el objetivo de la obra, se echan de menos algunas reflexiones sobre la corrupción que superen los planteamientos que asocian automáticamente dicho fenómeno con el concepto de tercer mundo o con el país en vía de desarrollo y sitúe la discusión en otra arena ajena a los tópicos –fundamentalmente verídicos– que se vierten sobre América Latina. Desde una buena parte de los testimonios, aparecen líneas que permitirán reflexiones más allá de los estereotipos manejados desde Europa y que incidan en la viabilidad del actual concepto de Estado-Nación en algunos países de América Latina. Los regionalismos que se plasman en algunos testimonios, el reacomodo

de las antiguas vías de contrabando a los nuevos tiempos y la imposibilidad del Estado para someterlos a su control, el aislamiento regional promocionado por un desarrollo desequilibrado, permiten que cualquier definición sociopolítica que supere las dimensiones de la comarca tenga que ser puesta en una razonable cuarentena.

Pedro Carreras López

Delmira, *Omar Prego Gadea, Alaguara, Madrid, 254 pp.*

Delmira Agustini (1886-1914) poetisa uruguaya, autora de libros como *Los cálices vacíos* y *Los astros del abismo*, admirada por Rubén Darío y Unamuno, murió joven, como dicen que deben morir los héroes. No fue por su mano ni por enfermedad, como solían perecer los románticos. Fue asesinada por su ex esposo (y aún amante secreto) Enrique Job Reyes.

Enigmática mujer-niña, que vivía apaciblemente con sus padres en un Montevideo finisecular, era también un ser ardiente y sensual, habitado por pasiones oscuras. Su poesía tiene un marcado sabor erótico, sorprendentemente desprejuiciada si se piensa en la época y el medio en el que le tocó actuar.

Esta mujer audaz e infortunada era un personaje que invita a ser

carne de novela. Es lo que hizo su compatriota Omar Prego Gadea que es escritor y periodista. *Delmira* es obra de ficción, por lo tanto, que modifica y transforma datos de la realidad conocida, sin dejar de ser fiel a los hechos.

La apuesta era tratar de desentrañar y recrear a un ser entrañable y misterioso, tal vez insondable. Allí es donde el autor no llega a entrar, a pesar de sus buenas intenciones. Su método se asemeja a una investigación periodística, pero sin duda no basta para revelar el misterio de esa vida trunca y de su entorno, tan ajeno a su necesidad espiritual y física. Quizá falta en este libro, no carente de oficio y saber, la veta de locura poética que poseía Delfina.

La fragata de las máscaras, Tomás de Mattos, Alfaguara, Madrid, 1998, 414 pp.

En los siglos XVIII y XIX era habitual el género musical de la variación, ejercicio bastante académico salvo excepciones ilustres (Bach, Beethoven, Brahms) pero predominantemente virtuosísticas. Ahora resulta curiosa y algo peregrina su utilización literaria. *La fragata de las máscaras* es, minuciosamente, una variación novelada y llena de citas cómplices, de *Benito Cereno*, una de las obras maestras de Herman Melville, a su vez inspi-

rada en un hecho real: la rebelión de los negros en un buque esclavista.

Asimismo adopta la narración basada en cartas de los diferentes protagonistas, sin olvidar a una viuda que reconstruye y altera el texto dejado por su marido, que a su vez escribe al propio Melville. Una posible objeción sería que todos escriben en un estilo similar, incluso los esclavos. Sin embargo, la historia o las historias que se imbrican como cajas chinas, tienen suficiente entidad como para que la obra no resulte un «pastiche».

Narrada desde el punto de vista alternativo de los blancos y los negros, el drama se teje desde sucesivos espejos, escrito a varias manos.

El pretexto es muy clásico: la obra se presenta como un manuscrito hallado por azar en un archivo reunido por un matrimonio de aristócratas uruguayos, por el albacea literario de ambos. La primera versión del texto pertenece a dicho albacea: la segunda es el manuscrito encontrado por éste y enviado a Melville por la viuda ya mencionada.

A partir de allí el juego (literario) invita a escrutar el misterio de la historia y la clave de los textos, ambiguamente fieles al original. Así adquiere la forma de una serie de relatos discontinuos, que el lector debe recomponer para armar el total de la historia. El resultado es casi detectivesco. Aunque tiene vida

propia, es también un homenaje al autor de *Moby Dick*.

Francisco Pizarro. Crónica de una locura, José Luis Olaizola, Planeta, Barcelona, 1998, 220 pp.

Subtitular este libro sobre la conquista del Perú «Crónica de una locura» no parece una exageración. Apoderarse de un vasto imperio con un puñado de desharrapados (eran 168) demostró una audacia tan irracional que sobrepasa cualquier ficción.

Quizá por eso, el autor la escribió como novela, aderezándola con algún personaje inventado, pero sin descuidar el rigor histórico apuntalado con una abundante consulta de textos, tanto antiguos como modernos. Así se consigue un abigarrado fresco, donde se contraponen el refinado mundo de los incas al primitivismo audaz de los aventureros encabezados por el antiguo porquerizo extremeño.

El choque de culturas pudo ser decisivo en esa confrontación, pero aún más la locura virtual del empeño, que llevó a Pizarro y sus hombres (sin olvidar el efecto psicológico de los caballos) a triunfar sobre un enemigo infinitamente mayor.

La conquista de territorios y enormes riquezas no apagó, como se sabe, la codicia y el ansia de poder de Pizarro y sus compañeros, Gon-

zalo su hermano y Almagro. Todos cayeron bajo el hierro y la discordia.

Olaizola hace próxima y apasionante la epopeya sangrienta, sin que su erudición impida disfrutar al lector de sus andanzas, que narran la aventura desde su partida de Panamá hasta la azarosa marcha por la costa y las montañas. Todo esto se inscribe en el género más o menos ilustre de la novela histórica. Pero pocas veces el entramado fue tan fabuloso.

El universo del western, Georges-Albert Astre y Patrick Hoarau, traducción de Marta Fernández Muro, Editorial Fundamentos, Madrid, 1997, 429 pp.

El *western* es el género cinematográfico norteamericano por excelencia, a veces imitado –hubo *westerns* franceses mudos, rodados en la Camargue y por supuesto los «spaguetti» italiano– pero esas imitaciones nunca fueron comparables al original.

La causa, sin duda, es que el *western* representó a la vez una realidad –la formación de un país nuevo que ensayaba una nueva frontera en *terra incognita*– y su propia mitificación.

Este género, tan dependiente del lenguaje puro de la imagen, nació tempranamente, casi como el mis-